

El cristianismo nipón: drama en tres actos

A fines de 1596, un galeón español procedente de Manila y con destino a México naufragó en Japón. Los españoles esperaban que los japoneses les facilitaran continuar su viaje, amparados en las buenas relaciones entre el gobernador de Filipinas y el caudillo militar nipón, Totoyomi Hideyoshi. Algunos religiosos franciscanos, llegados poco antes precisamente como embajadores del gobernador de Filipinas, intercedieron en favor de los naufragos.

En lugar de ayudarles, Hideyoshi confiscó la carga del galeón y condenó a los franciscanos, y a varios cristianos japoneses, a morir crucificados en la única ciudad japonesa de mayoría cristiana: Nagasaki. La condena se ejecutó el 5 de febrero de 1597 y la noticia corrió como la pólvora. Ni siquiera los religiosos jesuitas, que llevaban casi medio siglo misionando en Japón, se explicaban lo sucedido, a no ser porque Hideyoshi se hubiera vuelto loco. De hecho, era bastante mayor —moriría al año siguiente— y en su condición de dictador, los accesos de ira no eran raros en él.

Sin embargo, ni la condena de los que pasaron a la historia como 26 mártires de Nagasaki había sido la primera persecución del cristianismo en Japón, ni sería la última. El propio Hideyoshi había prohibido formalmente la predicación del cristianismo diez años atrás, en 1587. Pero entonces no mató a nadie y, en la práctica, se consideraba que aquella prohibición había caído *casi* en el olvido.

Podía pensarse que el episodio de ira de 1597 fue una tormenta pasajera. Y así lo parecía cuando comenzó a gobernar el dictador que sucedió a Hideyoshi, de nombre Tokugawa Ieyasu. Pero no fue así: la prohibición emitida por su predecesor seguía vigente aunque, al igual que sucedió después de 1587, muchos responsables ignoraron esas señales. Los gobernadores de Filipinas siguieron enviando misivas, embajadas, e intercambiando proyectos.

En 1610 y 1613 salieron de Japón sendas embajadas para sentar las bases de una relación duradera entre Japón y España... Y en 1614 llegó la orden de Tokugawa Ieyasu de prohibición absoluta del cristianismo y expulsión de todos los misioneros. ¿Otro ataque de locura?

Esta vez, al menos, los misioneros cristianos sí sabían lo que se les venía encima. En los años siguientes, individualmente o en grupos, fueron quemados o decapitados, tras sufrir todo tipo de torturas, sacerdotes, religiosos y laicos; europeos, asiáticos y japoneses. Hasta que, aparentemente, no quedó ningún cristiano en Japón. Desde luego ningún sacerdote, ningún religioso, que pudiera predicarles o impartirles sacramentos.

Durante dos siglos y medio no se celebró ninguna misa en Japón. Y, cuando por fin se pudo celebrar, en 1865, los cristianos salieron de sus escondites y se presentaron ante los misioneros, ávidos de recuperar el tiempo perdido durante siete generaciones. Volvieron a arriesgarse, pero el tiempo de la libertad religiosa no había llegado, y volvieron a ser deportados por millares y a morir por centenares entre torturas y exilio.

Cuando finalmente, pasada la Segunda Guerra Mundial, llegó la normalidad, se pensó que habría un aluvión de religiosidad cristiana en Japón como premio celestial por la resistencia de los cristianos. Y tampoco eso sucedió.

¿Cuáles fueron las auténticas causas de la persecución en Japón? ¿Por qué no desaparecieron los cristianos? ¿Y por qué no ha alcanzado el cristianismo cierta relevancia entre las religiones practicadas en Japón? Para responder a esas preguntas hace falta retrasar el reloj casi cinco siglos, hasta ver llegar al archipiélago a los primeros misioneros cristianos, y adaptar nuestra mente a la forma de pensar y vivir de los japoneses a lo largo de este medio milenio.

(Este texto, publicado el 6 de febrero de 2023, en la conmemoración de los mártires japoneses de 1597, es la introducción del libro *Mártires de Japón*, que se publicará en abril de 2023). Si desea más información sobre el libro, puede [solicitarla en este cuestionario](#).